

Otompan y Chalco, ofreciéndoles la investidura de reyes y estender sus dominios hasta donde ellos pudieran conquistar, si abandonaban la causa del emperador para defender la suya! El cebo de la codicia, conquistó al astuto rey lo que no había podido en buena lid con la fuerza de sus armas, y abrazando aquellos señores su partido, mandaron luego retirar sus fuerzas del ejército imperial, empleándolas en su contra.

Con esta lección ya no quiso el emperador dar más tiempo á sus contrarios, para que por medios tan rastreos le arrancaran los laureles con que su ejército se había cubierto en el campo de batalla: y siguiendo el consejo de sus generales, dió luego las órdenes para llevar el castigo á los rebeldes á sus mismas ciudades. Entró luego por las ciudades de Xaltepeque y Otompan que fueron vencidas después de alguna resistencia: los que no huyeron, fueron pasados á cuchillo y las ciudades saqueadas. De ahí por otras varias ciudades que corrieron la misma suerte, llegó hasta Tollan, antigua capital del reino tolteca, donde se habían reunido todos los habitantes de las ciudades menos populosas, hasta encerrar los pequeños restos del ejército tecpaneca, en la ciudad de Azcapozalco. Solo faltaba el último golpe para destruir aquel numeroso ejército enemigo y estaban ya dadas las determinaciones para ello, cuando Tetzotzomoc, que bien conocía ya su ruina y el terrible castigo que como precisa consecuencia le esperaba, mandó emisarios al emperador proponiéndole rendirse y reconocer su autoridad, pidiéndole perdón de su conducta pasada. El corazón del emperador, que tanto cuanto era esforzado en la campaña, era excesivamente generoso y fácil para perdonar al vencido, presto se dejó ganar del hipócrita arrepentimiento de su contrario, sin preveer las consecuencias de no aplicar el merecido castigo á los criminales para asegurar la paz de sus estados. Sin tomar si-

quiera las medidas que de algún modo le garantizaran la fidelidad de aquella promesa, aceptó la solicitud: y no solo otorgó el perdón, sino que ofreció dejar en posesión de sus tierras, á los tres reyes y demás señores aliados en su contra, sin más condición que pasar luego á la corte para que rindieran el homenaje debido á su dignidad, con las ceremonias acostumbradas en la coronación.

Nadie creyó que aquella guerra tan famosa y duradera, pudiera concluir de este modo, burlando los rebeldes el golpe de su completo esterminio, con su fingida protesta. Esto causó un general descontento en el ejército del emperador y desde luego muchos pensaron retirarse del servicio de un jefe tan débil por el exceso de su benignidad: el emperador quiso calmar aquel disgusto de sus vasallos, con suaves expresiones de agradecimiento y promesas de recompensar debidamente sus servicios; pero todos veían esterilizados sus heroicos esfuerzos y el grande sufrimiento con que habían sostenido aquella larga y sangrienta campaña, con la benigna pero imprudente medida del rey, quedando así abierta la puerta para nuevas revueltas, con la esperanza del perdón, en caso de salir frustradas las perversas maquinaciones. (1)

CAPITULO XXIII.

Fin del reinado y muerte de Ixttilxochitl.

Vuelto el emperador á su corte de Tezcoco, concedió algunas gracias á los señores que lo acompañaron, dis-

(1) Veytia hist. antig. tom. 2.º cap. 21, 22 S 23. Torq. monarq. ind. lib. 2.º cap. 19. Clavigero tom. 1.º pp. 126, 127 y 128.

tribuyéndoles no solo algunas tierras y lugares, sino alhajas de oro y plata, plumas y otros muchos objetos estimables; pero esto no era capaz de llenar las exigencias de la generalidad y muchos quedaron resueltos á tomar la causa del rey de Azcapozalco. Este, luego que se vió libre del ejército que lo puso en el último aprieto, ocurrió á un nuevo medio que le sugirió su depravado y pérfido corazon, empleando todo lo que estuvo en su mano para ganarse prosélitos de los mismos señores del ejército imperial, para lo cual le presentó brillante oportunidad, el desagrado con que todos vieron la débil condescendencia de Ixtlilxochitl: así pudo levantar un numeroso ejército en breves dias, fingiendo ser para dar con su presencia mayor realce á la solemnidad del reconocimiento que debia hacerse del emperador: para mejor cubrir su intento, preparó unas danzas y bailes segun se acostumbraba en sus mas solemnes fiestas; y que en el bosque de Tenamacatl, donde pensaba realizar su idea, se pusieran gran número de venados, liebres y otros animales de varias clases, que sirvieran para una funcion de caza con que divertir al emperador.

Mandó luego sus embajadores á la corte, para hacer presente á Ixtlilxochitl su disposicion en cumplir la promesa de reconocerlo por supremo emperador; pero que no permitiéndole el estado de su salud, llegar hasta Tezcoco, le hiciera la gracia de dignarse pasar para celebrar la ceremonia al bosque de Tenamatlac, donde habia mandado preparar algunas fiestas para dar mayor lustre á la solemnidad; y que al dia siguiente estaria él en el lugar dicho, con todos los señores que debian hacer el reconocimiento. En seguida mandó alistar un número considerable de canoas, para que trasportado el ejército á las playas de Chiuhnantlan, llegase violentamente al bosque donde debian concurrir el emperador y su hijo

Nezahualcoyotl, prendiendo á los dos, para conducirlos vivos á su presencia.

El emperador recibió á los embajadores é impuesto de su comision, sospechó luego se trataba de ponérsele una red; pero disimulando cuanto pudo, manifestó estar conforme y dispuesto á condescender con los deseos de Tetzotzomoc. Y cuando ya se habia retirado la embajada, llegó el infante Izcantzin hermano de Ixtlilxochitl, que disfrazado habia estado en la corte de Azcapozalco y estaba impuesto de la traicion: dió noticia del modo con que se preparaba la aprehension de su hermano y el príncipe, para lo cual ya estaban prontos los ejércitos de los reyes de Tlaltelolco y México, viniendo en canoas todo el resto con el de Azcapozalco. Ixtlilxochitl habia disuelto su ejército y no podia oponerse con fuerza á esta tentativa de Tetzotzomoc; y no teniendo otro medio que ganar tiempo para reunir sus fuerzas, determinó mandar á Izcantzin para que avisara á los reyes aliados, que por su salud indispuesta, no podia asistir ese dia á la ceremonia, que se transferia para cuando se recobrase. El infante conocia el peligro á que iba espuesto, sabiendo de cuanto era capaz el malvado rey tecpaneca; pero sin poner objecion alguna á su hermano, solo le dijo. «Señor, pronto parto á ejecutar tu mandato, aunque temo mucho no volver vivo á tu presencia; pero si con mi muerte puedo defender ó á lo menos dilatar tu vida, en tu servicio con gusto sacrificio la mia. Solo te suplico, que si El Tloque Nahuaque te hace triunfar de tus enemigos, atiendas á mis mugeres y mis hijos.» El emperador con espresiones llenas de gratitud, por la abnegacion con que se prestaba á ayudarlo, le manifestó la esperanza que tenia en que el Dios Creador lo condujera con felicidad, y le aseguró la buena disposicion en que estaba para dar á él y á sus hijos, las merecidas recompensas por sus importantes servicios. Se vistió Izcantzin

con las armas y plumeros que indicaban llevar la autorización imperial y partió acompañado de tres nobles de la corte.

Ya las tropas de los conjurados estaban sobre el camino de Tezcoco, para cumplir las órdenes contra el emperador, y cuando vieron al infante lo confundieron con Ixtlilxochitl, por los adornos que llevaba: luego se apoderaron de él y los señores que formaban su comitiva, conduciéndolos á la presencia de Tetzotzomoc. Este, que no esperaba ver burlados sus deseos, se irritó sobremanera y descargó su furor contra aquellos desgraciados: mandó que á Izcantzin lo desollaran vivo, tendiendo su piel sobre unas peñas; y que á los otros nobles los despedazaran. Pronto se procedió á ejecutar la bárbara orden del rey; pero en la confusión en que se pusieron los crueles ejecutores de aquel inicuo mandato, pudo escaparse uno de los tres nobles llamado Huitzilihuitzin, que huyendo por la espesura del bosque, pudo llegar á Tezcoco para dar cuenta al emperador del fin desgraciado de su hermano, como primer fruto de la imprudente clemencia con que trató á sus enemigos.

Ya el emperador había despachado órdenes para que todos los señores de sus estados vinieran con presteza á reunir sus fuerzas con las que él levantaba en la corte; pero estando ya muchos ganados por los contrarios, y otros disgustados, se escusaron con fingidos pretextos, de suerte que no fueron sino las fuerzas de Huexotla, Iztapalapan y Cohuatepec, insuficientes para contrarrestar al poderoso ejército enemigo.

A los dos días del fin trágico del infante, el ejército tecpaneca llegó á los contornos de Tezcoco, que estaba mal fortificada y con una guarnición pequeña aunque enteramente decidida por la causa de su soberano. Los enemigos establecieron el sitio y á los diez días siendo los asaltos muy repetidos, habían muerto muchos solda-

dos de ambos ejércitos; mas como las bajas se hacían mas notables en el imperial por su reducido número, se aconsejó al rey buscara un asilo en los montes para él y su hijo el príncipe Nezahualcoyotl. La fuga era difícil teniendo los sitiadores rodeada la ciudad, mas al fin el emperador se decidió por aquel consejo, y dejando el mando de la plaza á Huitzilihuitzin, salió de ella con sus hijos, criados y algunos pocos de sus fieles vasallos, pudiendo llegar hasta su palacio de Tzincanoztoc en un bosque entre la sierra. Al día siguiente desesperando los soldados imperiales del triunfo, entraron en la casa del general Huitzilihuitzin y dándole muerte, abrieron las puertas de la ciudad á Tetzotzomoc. Esto supo Ixtlilxochitl por un caballero tezcucano llamado Toxpili que pudo escapar de los enemigos y fué en busca de su soberano: también llegaron con él los señores de Iztapalapan, Huexotla y Cohuatepec, que con algunos otros de las ciudades invadidas huían por los cerros hasta el palacio de Tzincanoztoc.

En este conflicto determinó Ixtlilxochitl mandar á su hijo natural Cihuaquequenotzin á pedir auxilio á Quetzalcoixtli señor de Otompan: partió el infante y en el pueblo de Ahuatepec se le unió el gobernador llamado Centzin, para ir ambos á pedir el auxilio que demandaba el emperador. Llegados ante el señor de Otompan, el comisionado imperial le manifestó el deseo de su soberano procurando esforzar su razonamiento para inclinar su voluntad al cumplimiento del deber, tanto mas sagra-lo, cuanto era grande la desgracia del monarca; pero Quetzalcoixtli, se negó con desdeñosa severidad. El hijo del emperador intentó sacar algún partido del pueblo, que por ser día de mercado se hallaba reunido en la plaza y con una elocuente arenga pintó la desventurada situación de su padre para quien imploraba el auxilio de sus súbditos: el pueblo oyó con frialdad el discurso;

pero cuando un soldado tecpaneca dió un grito victoreando á Tetzotzomoc y tirando una piedra sobre el orador, se movió todo el pueblo arrojándose sobre Cihuaquequenotzin y sus compañeros, quienes despues de una bizarra defensa, perecieron y fueron despedazados por aquella multitud frenética. El lugar-teniente llamado Acotzin puso en un hilo las uñas del infante y se lo colgó al cuello diciendo. «Son tan grandes y nobles estos señores, preciso es que sus uñas sean de esmeralda y por tales quiero yo traerlas para ornato de mi persona.» Un caballero del partido imperial llamado Itzcuinatlaca, que presenció aquellos desastrosos acontecimientos fué á llevar la funesta noticia á Ixtlixochitl, quien prorumpió en fuertes lamentos agobiado por tanta desventura.

El enemigo, cuando no halló en Tezcoco al emperador ni al príncipe Nezahualcoyotl que eran el blanco de su furor, salieron á buscarlos por los montes, hasta descubrir que se hallaban en Tzinacanoztoc; allí los atacaron sus contrarios sedientos de su sangre; pero en treinta dias no pudieron forzar las trincheras con que habian fortificado aquel lugar. Al cabo de este tiempo viendo el emperador, que sus enemigos pululaban por todas partes aumentando el número de los sitiadores y que por haber consumido los víveres no podian sostenerse mas ni tenian esperanza de socorro, determinó entregar su vida para poner término á tantas calamidades.

Tomó sus armas y acompañado del príncipe Nezahualcoyotl y los principales señores, salió hasta un arroyo que baja de la sierra donde hizo alto y les arengó á sus leales vasallos, manifestándoles su resolucion de entregarse á los enemigos para que con su muerte concluyera aquella sangrienta guerra. Encargó á todos el cuidado de su hijo: y volviéndose á él le dijo. «Hijo mío muy amado, brazo de leon y último resto de la

sangre chichimeca, fuerza es dejarte para no volverte á ver; y dejarte sin abrigo ni amparo, espuesto á la rabia de esos lobos hambrientos que han de cebarse en mi sangre, pero quizá con eso se apagará su enojo. Procura guardar tu vida y entre tanto que pasa mi tragedia súbete á ese árbol á ocultarte entre sus ramas; y cuando puedas huir, anda con tus deudos los señores de Tlaxcalan y Huexutzinco á pedirles socorro para recobrar tus estados. Si el Dios Creador te lo concede, te encargo la observancia de las leyes y que veas á tus vasallos como á tus hijos premiando sus buenos servicios, especialmente á los que me han ayudado en esta ocasion; y perdona generosamente á tus enemigos, pues aunque conozco que mi ruina viene de mi demasiada piedad, no me arrepiento del bien que hice á mis contrarios.»

Cuando el emperador acabó de hablar, todos querian espresar sus sentimientos de fidelidad y adhesion á su soberano, para darle el último consuelo en lo mas recio de sus infortunios; pero las lágrimas ahogaron las palabras de todos y un elocuente silencio, interrumpido por los sollozos, fué el último homenaje que se rindió al desgraciado monarca. Hizo subir al príncipe á un copudo capulin para que se ocultara entre su frondoso ramage, los demas se dividieron por las fragosidades de la sierra y él salió al encuentro de los enemigos que ya se acercaban, resuelto á vender cara su vida: por un corto rato peleó bizarramente; pero el número de sus contrarios lo llenó bien pronto de heridas y cayó muerto. ¡Príncipe infeliz, que compró su desgracia con su clemencia; y que con un trastorno de aquellos que usa con frecuencia la inconstante fortuna, el que el año anterior, coronado de laureles, tuvo ya puesta la espada sobre el cuello de los mas poderosos príncipes, vino á rendir la vida á manos de unos viles traidores, á quienes mas que á otros

muchos acababa de colmar de beneficios su liberalidad.

Así concluyó con este fin trágico, la vida y el reinado del desgraciado Iztlilxochitl: al morir conoció que su piedad era la causa de su ruina y tuvo la bastante fuerza de voluntad, para sobreponerse á sus pasiones y consumir el sacrificio de su vida, sin arrepentirse de su liberalidad; pero al derrumbarse su trono, quedaron confundidos entre sus escombros, muchos de sus leales servidores, para quienes su estremada clemencia cambió la corona de laureles que su heroica abnegacion arrancó á los enemigos al traves de sus flechas y sus macanas, en un manantial de peligros y de todas las miserias imaginables. Estas víctimas de la fidelidad, que tranquilos desafiaban la muerte en el campo de batalla por defender los derechos de su soberano, tal vez arrastrando en los montes la cadena de una cruel persecucion, ó comiendo en un pueblo extraño el pan amargo del destierro, no tendrian la resignacion necesaria para sobrepujar á su infortunio, y de cuan distinto modo juzgarian aquella accion de su soberano, que aunque estampada en un fondo de admirable generosidad, habia envuelto á un reino entero en la misma ruina. Solo el Señor de los señores puede medir los juicios y sentimientos humanos: cuando todos aunque á su pesar, son arrastrados á la cita comun, ante aquel trono que sobrenada en un océano de sabiduría y verdad, se vienen á reflejar aquellas acciones, sobre las que no pudo dar acertado juicio la conciencia falible del hombre.

Luego que el emperador cayó muerto, le quitaron sus enemigos las insignas reales que llevaron á presentar á Tetzotzomoc: el cadáver quedó allí hasta el dia siguiente en que volvieron algunos de los caballeros y criados que le fueron fieles hasta la muerte; y llenos de lágrimas y exclamaciones de dolor, cubrieron el real cadáver con los pocos adornos que allí pudieron tener, hicieron

una silla con ramas de laurel y puesta en ella el cadáver, prendieron fuego hasta que se consumió el cuerpo de su difunto soberano, cuyas cenizas recogieron para llevarlas cuando fuera posible, al lugar donde descansaban sus mayores.

El príncipe Nezahualcoyotl permaneció oculto en el árbol, sufriendo el dolor de ver el triste fin de su desgraciado padre: cuando la noche envolvió toda la naturaleza en las negras sombras de su manto, tomó el camino para Tlaxcallan. Al dia siguiente, dos de sus hermanos naturales, otras personas de su casa y algunos señores errantes, lo reconocieron y salieron á protestarle su dolor y obediencia: todos querian acompañarle hasta el término de su viaje; pero él dispuso que fueran volviendo á sus casas con precaucion, guardando en sus pechos fidelidad á su soberano, que él fiaba en el Dios Creador, que le restituiria su reino, para dispensar á sus súbditos los cuidados y beneficios que necesitaban. Todos, despues de protestarle obediencia, volvieron á los montes para ir saliendo de ellos gradualmente, y él siguió para Tlaxcallan, sin llevar mas compañía que sus dos hermanos y dos sobrinos. [1]

CAPITULO XXIV.

Conducta de Tetzotzomoc despues del triunfo.

Luego que el pérfido Tetzotzomoc recibió la noticia de haber muerto Iztlilxochitl, tuvo un indecible gozo, que no dejaba de turbarse á ratos, cuando lo asaltaba la idea de haberse escapado el príncipe Nezahualcoyotl, he-

(1) Veytia tom. 2º cap. 23 y 24. Torq. lib. 2º cap. 19 y 20.